

**Acto de Graduación en Medicina**  
**Promoción 2003-2009**  
**Universidad Complutense**  
**«Oración»**

No hace más de un par de días, abría el primer tomo de la «Biografía de Charles Darwin: El viaje», escrita por Janet Browne. Empieza con una sabia frase tomada de *La Dama de Blanco*, de Wilkie Collie: «No importa su genialidad, señor Pesca. En este país no queremos genialidad si no va acompañada de respetabilidad».

Respetadas y respetados, aun discentes pero ya colegas.

En la historia de Occidente ocurre, periódicamente, una apresurada metamorfosis. En no más de un par de décadas, la sociedad «muta». Cambia su modo de ver el mundo, sus valores básicos, su estructura sociopolítica, sus artes, incluso sus instituciones claves. Cincuenta años después hay un mundo nuevo. Quienes entonces nacen no pueden imaginarse aquél en que vivieron sus abuelos; ni siquiera en el que nacieron sus padres. Echando mano de Paul Valery: «El futuro no es ya lo que era; la humanidad se adentra cada día en un mundo desconocido y sorprendente para ella, en el que es necesario empezar a construir desde los cimientos». Y aquí estamos; sorprendidos de lo que estamos viviendo.

Algo parecido ocurrió durante el siglo decimotercero, cuando en poco tiempo Europa se encontró con una nueva ciudad: los gremios como grupos sociales dominantes y la revitalización del comercio a larga distancia. El gótico representó una nueva arquitectura; Aristóteles se convirtió en el fundamento de la sabiduría; el latín fue desplazado por las lenguas vernáculas con las que Dante creó la literatura europea, y las universidades urbanas reemplazaron como centros de cultura a los monasterios.

Doscientos años después, la siguiente revolución consumió los sesenta años comprendidos entre la invención de la imprenta de caracteres móviles por Gutenberg y la Reforma luterana. Fueron las décadas de la eclosión del Renacimiento, del descubrimiento de América, de la Infantería española, del redescubrimiento de la anatomía por Vesalio y del rebrote de la mentalidad científica con Copérnico y tras la adopción general de los numerales hindúes introducidos por los árabes en Occidente. De nuevo, nadie que viviera hacia mediados del siglo dieciséis podría haberse imaginado el mundo de sus abuelos en el que nacieron sus padres.

La siguiente transformación inició su camino con la Revolución americana, la máquina de vapor de Watt y la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Concluyó cuarenta años después, en Waterloo. Capitalismo, Comunismo y la Revolución industrial emergieron en aquel

tiempo. Esos años también contemplaron el nacimiento de la Universidad moderna — en Berlín — y la escolarización universal. Cuarenta años que produjeron una nueva civilización europea; y, otra vez, nadie que viviera alrededor de 1820 pudo imaginarse donde y como vivieron las dos generaciones precedentes.

Nuestro tiempo — el periodo de convivencia consciente de tres generaciones sucesivas, en el sentir de Ortega —, (Nuestro tiempo), dos siglos después es, otra vez, un periodo de machacona transformación. Pero en esta ocasión, la mutación no se confina a la sociedad y a la historia Occidentales. Afecta a la historia y a la sociedad, globales; sólo que ambas, historia y civilización, se han occidentalizado. Esto es, la amplia expresión del trino « democracia-economía de mercado-ciencia»; siendo esta última la que da carácter a la cultura contemporánea. Puede discutirse si este cambio, nuestra muda, comenzó: con la emergencia del primer país no occidental, Japón, como gran Potencia económica mundial; con la implantación del contenedor en la logística global, o con el advenimiento de internet. Mi candidato es la *American GI Bill of Rights* tras la Segunda Guerra Mundial. Esta *Ley de Reajuste Militar* certificó la deriva hacia la «sociedad del conocimiento». Más de ocho millones de veteranos accedieron a educación superior; lo que estableció las bases de la competitividad y el liderazgo a largo plazo.

Estamos en plena transformación; la historia no se completará hasta no menos de un par de décadas. Pero el cambio político, económico, social y moral o ético, está aquí y ahora. Ninguno de los que hasta ahora han vivido, más o menos, un cuarto de siglo, posiblemente imagine el mundo de sus abuelos y, a duras penas, el de sus padres. Mi mundo; el de mi generación.

A comienzos del pasado siglo, la Escuela de Medicina de la Universidad Johns Hopkins creó el primer currículo médico riguroso y de base científica; un modelo que fue emulado por la práctica totalidad de las facultades de medicina de los más diversos países, llegando a ser el estándar de la educación médica del siglo veinte. Allá por el año 1986 —va para veinticinco años—, «Un Currículo para la Segunda Centuria de la Escuela de Medicina de la Universidad Johns Hopkins», conocido como «Informe Brieger», señaló la necesidad de un cambio de rumbo. El nuevo currículo fue una realidad doce años después: «Un momento de orgullo para la comunidad universitaria» dijeron. «La filosofía de partida de la educación médica —recoge el preámbulo— no debe orientarse a crear un neurocirujano, un cardiólogo o un pediatra, sino que debe hacerlo para formar un médico tipo célula troncal, indiferenciado pero totipotente, lo suficientemente bien formado para ser capaz de diferenciarse, tras su paso por la Facultad, hacia cualquiera de las áreas de la práctica médica. El nuevo currículo prepara a los estudiantes para hacer frente a las demandas y responsabilidades de una nueva era de medicina, de ciencia y de exigencias sociales». Una formación que crea, a la par,

oportunidades para explorar las relaciones sinérgicas entre ciencias biomédicas y medicina clínica; y que enfatiza la importancia de las ciencias físicas y matemáticas en la investigación y práctica médica.

Ello, arropado en el pregrado por el *Programa 2061*, una acción de toda una Nación, gestada casi de la mano del currículo citado, en el año 1984 —¿se acuerdan del cometa Halley?—, con una ambiciosa pretensión: que todos los ciudadanos, tras un horizonte de ochenta años —cuando nos visite, de nuevo, el cometa: en 2061—, sean personas educadas, además de en lenguaje oral y escrito y en lectura, en ciencia, tecnología y matemáticas.

Pero una persona educada, hoy y sobre todo mañana, no es la persona ilustrada decimonónica; es alguien capaz de hacer frente a nuevas demandas, nuevos retos, nuevas responsabilidades. Deberá estar preparada para vivir en un mundo interdependiente, sin duda occidentalizado, y ello exige apreciar las otras grandes culturas milenarias a las que, ignorantes, denominamos «emergentes». Y también al Islam. Ello, en un mundo, a la par, cada vez más fragmentado, en el que cada comunidad reclama y ensalza sus raíces, sus culturas. Diversidad cultural del que surge un mestizaje revitalizador; un empeño de globalización

Además, la persona educada debe aceptar que vive tanto en una sociedad de conocimiento como en una sociedad de organización. Dependen una de la otra —interdependencia científico-tecnológica—, y cada una de ellas difiere en sus conceptos, puntos de vista y valores. Por último, los conocimientos deben integrarse en conocimiento. La mentalidad analítica debe compaginarse con otra holística, integradora, inter y multidisciplinar, capaz de abordar la complejidad de los temas que nos preocupan y ocupan. Pero no hay «reina» de conocimientos; sin embargo, todos ellos utilizan una poderosa herramienta que fomenta la característica dual de la sociedad en ciernes: la comunicación. El soporte comunicativo es global, convergente, interactivo, raudo, virtual y, sobre todo, paradójico, convive con las contradicciones, las potencia y disfruta de ellas. Nada nos es ajeno, ¿sabrán ustedes gestionarlo? En cualquier caso, lideren, no soporten.

Estamos lejos del análisis y sobre todo comprensión, de lo que nos está ocurriendo. Sin embargo, en estos momentos de convulsión podemos hacer un recuento de bienes. Aunque la ciencia contemporánea ha estudiado e iniciado la conquista del macro y del microcosmos, las cuentas parecen claras: somos ricos en poquedades, cantaba Atahualpa Yupanqui. En escasez de sabiduría y de ética; en escasez de esfuerzo y de responsabilidad; en escasez de respeto y de solidaridad, y en especial, ausencia de compromiso. En sus manos está dar un vuelco a la cuenta de resultados.

Más, en esa dualidad en la que, por un lado, mi generación ha conducido la nave a estas aguas turbulentas, ¿habremos sabido alambicar su formación, la de ustedes, como personas, como profesionales educados? Sus hijos harán el dictamen.

Soy, ante todo, esperanzado que no optimista. Estoy con Paul Valery, pero no renuncio a cierto canon. Hamlet; escena III. ¿Recuerdan? Polonio se despide de Laertes. Cambiemos la casa paterna por este señero Anfiteatro Ramón y Cajal, y asumamos, en el noble recuerdo, sus papeles.

Sus equipajes ya están listos. El viento sopla en la popa de sus naves, y sólo aguardan su llegada. Rechacen la profecía de Octavio Paz: «Lo único que nos une es la pasividad ante el destino. La consagración de nuestras inmensas energías a crear una prosperidad sin grandeza». No; eso no. Partan, y hagan de sus vidas algo maravilloso. Pongan atención, repitan una vez más, conmigo, y procuren imprimir en la memoria estos pocos preceptos:

- . No propalemos nuestros pensamientos ni ejecutemos nada inconveniente.

- . Los amigos que escojamos y cuya adopción hayamos puesto a prueba, sujetémoslos a nuestras almas con garfios de acero, pero no encallezcamos nuestra mano con agasajos a todo colega recién salido sin plumas del cascarón.

- . Guardémonos de entrar en pendencia; pero una vez en ella, obremos de modo que sea el contrario quién se guarde de nosotros.

- . Prestemos a todos nuestros oídos, pero a pocos nuestra voz.

- . Oigamos las censuras de los demás, pero reservemos nuestro juicio.

- . Que nuestra vida sea acorde con nuestro trabajo y medios, pero sin afectación en los modos.

- . Seamos sencillos, pero en modo alguno vulgares, y hagamos del respeto virtud.

- . Tengamos noble y digna ambición; pero no envidiemos, pues el éxito del amigo nos engrandece.

- . Y sobre todo, esto: seamos sinceros con nosotros mismos, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no podamos ser falsos con nadie. Comprometámonos.

Sólo resta el apartarme para dar paso a esta tribuna a quienes han de liderar nuestro futuro.

Hasta siempre. Paz y bien.

Pedro García Barreno

Madrid, 26 de junio de 2009.